

**Cristina Peri Rossi**  
Habitaciones privadas



menos**cuarto**

© Cristina Peri Rossi, 2012  
© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2021

1.<sup>a</sup> edición en esta colección, diciembre 2021

ISBN: 978-84-15740-75-9  
Depósito legal: P-225/2021

Diseño de colección: Echeve  
Fotografía de cubierta: Javier Ayarza  
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)  
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES  
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F  
34005 PALENCIA (España)  
Tfno.: (+34) 979 701 250  
correo@menoscuarto.es  
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi hermana, Inés, con amor*



## After hours

En un lugar de la Mancha había una gasolinera, perdida en medio de la inmensidad como una mora en el desierto. No hubiera reparado en ella (le gustaba conducir por las carreteras de Castilla como adormecido, con la grata sensación de estar todavía en el útero materno) si no fuera porque el coche comenzó a derrapar, como sobre una pista de hielo. «Carajo —pensó—, los dos estamos viejos y cansados. Algún día tenía que ocurrir. Se irá muriendo por el camino, igual que yo.» El hombre de la gasolinera, rudo, parco, cetrino, le dijo que el coche no estaría arreglado hasta el otro día. Que eligiera. O lo dejaba o llamaba a un servicio para que lo vinieran a buscar. Hacía varios meses que no pagaba el seguro. Problemas de liquidez, como dicen los periodistas económicos y la gente en bancarrota. Curiosa palabra. La banca está rota. A veces, jugando al bacará, entre amigos, le había tocado la banca. Siempre se había declarado en quiebra, al final. El sueño de ganarle a la banca termina con el soñador pelado, arruinado, hecho polvo. Polvo serás y al polvo volverás. A propósito, ¿cuánto hacía que no echaba un polvo? Meses. O un año, quizás. Le pre-

guntó al de la gasolinera —rudo, parco, cetrino— si había algún sitio para pasar la noche. Era el crepúsculo, ese largo crepúsculo luminoso y rosado de agosto, en la Mancha, no conocía el lugar, nunca se había detenido para nada, ni siquiera para mear, había atravesado la carretera como en sueños, mecido por las ruedas del coche como por una nana y prefería esperar hasta mañana, cuando el tipo de la gasolinera —rudo, parco, cetrino— le devolviera el coche, su cuna. «Al lado del after hours hay un hotel», le indicó, lacónico, señalando una mota marrón a lo lejos. Divisó, perdida entre campos llanos y amarillos, una construcción achaparrada, cubierta por un toldo morado y una penosa guirnalda de bombillas de colores con la A alta y luminosa un poco torcida, como un diente cariado. Le pareció un fotograma de Wim Wenders, ese alemán que se había enamorado de Estados Unidos (uno siempre se enamora del país y de la mujer equivocados). «De los paisajes no se come, cabrón», murmuró. Siempre había tenido vagas ensañaciones artísticas, es decir, era un iluso. Por eso a los cincuenta años no tenía ni casa propia, ni mujer (ella se había divorciado y no podía decir que no la comprendiera) ni un buen empleo. Aunque a su edad, no había buenos empleos, salvo la política, que detestaba, o las mafias y era demasiado individualista para pertenecer a cualquiera de las dos. También había tenido un par de hijos, pero los hijos son de criar y de tirar. Uno estaba en Washington, le parecía, haciendo un máster de algo, y el otro, el favorito de su mujer, holgazaneaba con techo y comida gratis, sin necesidad de ir al burdel, porque las chicas venían a casa. Era la diferencia fundamental entre una generación y otra.

Él había tenido que lanzarse a ganar la vida; su hijo menor, vivía con su madre, los gastos pagados y muchachas que lo visitaban.

A la puerta del after había un macizo que le cobró la entrada y le estampó un sello en la mano, como si fuera un preso. Dentro había poca gente, era demasiado temprano. Y poca luz, como siempre. Algún camionero tomando cerveza, una cubana de buen trasero, tres tipos jóvenes con pinta de despedida de soltero y una rubita muy guapetona y pintarrajeada, nacionalidad imprecisa, pero indígena, un aro de latón colgando del ombligo. Se acodó a la barra y pidió un whisky, vaya a saber qué mierda hay dentro de la botella, y ahora meten la música, me han visto cara de cliente. En el techo había un par de bolas psicodélicas que giraban como planetas borrachos. Y la música empezaba a entrar por el cuerpo, como una serpiente. La rubita sacó a bailar a dos de los jóvenes, emparedada, como un sándwich, cómo movía las tetas y el culito. No le interesaba mirar. «¿Cómo va el negocio?» fue la inoportuna pregunta que le hizo al de la barra que, después de observarlo como a un imbécil, le dijo: «Como la vida misma». Se rió. Pensó que era la primera vez que se reía en todo el viaje, y ocurría, justamente, en un after hours perdido en la Mancha. Se zambulló en el whisky como en una piscina, justo en el momento en que se abrió una puerta, entre el fondo y la barra y apareció una eslava alta, flaca, con una intensa melena rubia y la piel más blanca del mundo. «Completo, el after —pensó—, para todos los gustos.» Él prefería a las rubias. Y la caída del comunismo había traído, entre otras cosas, una enorme cantidad de rubias de ojos claros,

dulces y dóciles, con una secreta nostalgia en la mirada. ¿De qué sería la nostalgia? Del país, de la infancia perdida, cualquier cosa que se pierde provoca nostalgia. Esto se le ocurrió en el momento en que ella se le acercó. No había elección posible: el camionero que bebía cerveza acababa de ligar con la cubana (tal para cual, pensó), la monina del aro en el ombligo se las ingeniaba con los otros tres; solo quedaban él y su whisky, al principio de una noche del mes de agosto que no parecía muy estimulante. Se sentó a su lado en uno de esos bancos redondos de patas de metal y asiento rojo, él le pidió un whisky. «Así es la vida», comentó, sin tener la menor idea de qué quería decir. «¿Cómo te llamas?», le preguntó. «Nadia», dijo ella. ¿Dijo Nadia o dijo Nadie? Una prueba irrefutable del triunfo del Mal sobre el Bien, que se había producido en los comienzos de la Historia, era la Torre de Babel. Si se llamaba Nadia, debía de ser rumana, como la Comaneci, que no paró de ganar medallas durante el comunismo, pero si había dicho Nadie, quizás era un mensaje cifrado, la confesión de su estado existencial: sola, sin papeles, en manos de una mafia rusa que la explotaba. Así es la vida. «Comaneci, Comaneci», le dijo él, intentando establecer un puente. Ella no dio señales de comprender, pero dirigió rápidamente su manito blanca, de largas uñas color lila a su bragueta. Se ve que no tenía tiempo que perder. A polvo cada treinta minutos, señores, así es el negocio y la democracia. Él retiró la mano con crispación. «Deja mi bragueta en paz», le dijo. Si no sabía quién era la Comaneci (de la cual él había estado enamorado secretamente cuando era joven) ya habría aprendido qué era una bragueta en boca propia. Así era la vida. Un